

# Volver



Pura Azorín Zafrilla

**H**AY cosas que nunca cambian, como el frío de las mañanas que nos vamos de viaje o el misterio de las habitaciones de hotel.

Si cierro los ojos puedo sentir el olor a cuero de la bolsa de viaje de mi padre, con un borroso sello de Estambul sobre el que yo pasaba los dedos fascinada; puedo sentir mi mano en su mano y, sobre todo, puedo sentir el inmenso gozo de saber que me alejaba de la casa familiar donde reinaban mi tía y mi abuela, coronadas por sombreros sujetos con enormes agujas que

parecían clavarse en el mismo cráneo, que me estrujaban entre sus pechos y me enderezaban el lazo lamentándose con un «esta niña está salvaje», que me interrogaban despiadadamente por lo que comí ayer o si me lavaba a menudo el pelo. Y yo, cuando las veía así, cacareando entre ellas, notaba como una tiza en la garganta, y eso era que las odiaba, pero yo aún no lo sabía.

Por eso siempre me marchaba feliz de aquella casa que olía a viejo, a viejísimo, con el fresco de la mañana en la cara, dichosa de no



IL CORTILE DI ANGUILLARA

PEDRO CANO

tener una madre que me recogiera el pelo en una apretada trenza.

Cuando llegábamos a la estación, mi padre y yo nos encontrábamos con nuestra verdadera familia, que era ésta y no la de la casa grande, con esta gente que se mueve entre el desasosiego y la esperanza, gente que se da besos tiernos, besos apasionados, apresurados besos. Me gustaba estar así, entre paquetes y adioses, asida a la mano de mi padre, esperando el ligero temblor de estómago al ver aparecer, por fin, el extraño animal resoplando por la vía.

Durante los primeros años de mi infancia, mi vida transcurrió entre habitaciones de hotel y trenes. Yo esperaba a mi padre durante horas en nuestro cuarto, mirando y ordenando mi caja de secretos, jugando con la baraja a hacer caminitos de tréboles o de corazones sobre el edredón, o con mi pantalla mágica, que era una plantilla giratoria que se sujetaba a la luz de la mesita y, al momento, el techo, las paredes, el suelo se llenaban de manchas multicolores que danzaban a mi alrededor, se posaban un instante en mi mano, resbalaban por mi cuerpo, y yo imaginaba estar bajo el mar o en medio del universo.

Y cuando llegaba mi padre, le rodeaba con mis bracitos de niña, hundiendo mi nariz en su cuello y musitando un «te quiero» que le obligaba a lanzarme en el aire, a zarandearme en un loco carrusel de risas y de besos del que nunca hubiera querido bajar, porque mi padre reía como el arco iris.

Luego me llevaba de paseo por ciudades desconocidas y nos sentábamos en el puerto a contemplar los barcos en alta mar con banderas de otros países. Mi padre entonces me preguntaba sobre cosas importantes, si yo era feliz o si había aumentado mi colección de canicas.

De vuelta al hotel, me acostaba y miraba el misterioso azogue verdoso de los espejos hasta que él venía a darme las buenas noches. Yo le echaba a la cara mi aliento de licor del polo y mi padre, seguramente, me decía: «Qué bien hueles, princesa».

De vez en cuando volvíamos a la casa familiar, y yo dormía en el cuarto de mis primas. Mis

primas siempre caminaban con el borde de los pies porque decían que si pisas raya pisas medalla y siempre se preguntaban unas a otras si algo estaba mal o no, y contaban que la senda del bien era muy estrecha.

Durante las veladas, antes de mandarnos a dormir a los críos, los mayores charlaban un rato, y si mi padre me daba a chupar el limón o el hielo de su copa, mi tía fruncía sus labios rojos que dejaban muescas en todo lo que rozaban, y yo podía percibir la ira en su cara y en su cuello.

Fue durante una de esas estancias en la casa grande.

Mientras yo todavía dormía, mi padre llegó junto a mi cama y me besó. Sentí el inconfundible olor a cuero de su bolsa de viaje. Entonces vi que me estaba mirando de una manera extraña: tenía una raya oscura cruzándole los ojos. En aquellos carbones pude atisbar por un momento las oscuras razones, los secretos mecanismos que rigen el mundo de los mayores y yo, en ese instante, supe que eso era un adiós definitivo. Sin embargo, le pregunté: «¿Volverás pronto?». «Tú pórtate bien siempre», me dijo.

Salió del cuarto silenciosamente y yo me quedé arrebuja en las sábanas. Imaginé la estación en la madrugada, el helor que sentiría mi padre en la cara hasta que el tren apareciera resoplando, el frío que tendría su mano sin que mi pequeña mano de niña se la calentara.

Ha pasado mucho tiempo. He aprendido que no existe la frontera que separa el bien y el mal, y ahora puedo caminar entre cruces y rayas. Pero sigo adorando las estaciones y vuelvo una y otra vez a ellas. Cuando termino el trabajo, antes de regresar a casa, mis pasos me llevan siempre al mismo lugar: un café entre besos y adioses.

Además, no desisto de encontrar un día a un hombre con una bolsa de viaje y un borroso sello de Estambul; quizás, alguna vez, un tren me traiga a alguien que se ría como el arco iris. Ese día me acercaré, le rodearé con mis brazos y le diré: «Sabes, me he portado bien siempre».